

gion; volvamos á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Mas se dirá todavía, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder, es preciso que suceda; su ciencia es infalible, y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente, no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez; voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros, no hace que éstos cambien de naturaleza; conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano, que hoy nos habíamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo, que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos, no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar, no es precisamente porque Dios lo ha previsto, sino que lo ha previsto porque yo debia determinarme á ello; asi como yo os veo en este recinto porque estais en él, pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados, estariais en él igualmente. Parece que se cree, que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo, que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos.

Léjos, pues de nosotros el fatalismo, no ménos temible por sus consecuencias, que falso en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto, que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opinion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías. Pero es una verdad horrible, que el fatalismo conduce al crimen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles, que no son mas culpables por sus delitos, que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, señores, la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre J. J. ROUSSEAU, y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: «Huid de esos hombres, que á pretexto de

explicar la naturaleza, siembran en los corazones doctrinas destructoras... Derribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos, el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crimen, las esperanzas de la virtud, y ¡aun se precian de ser los bienhechores del género humano! Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos; y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.» Detestemos, pues, el fatalismo, sirvámonos santamente de la libertad, para poder ser premiados en el cielo, que os deseo.

ALMA.

(SU INMORTALIDAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.

Crió Dios al hombre á imágen suya.

(Gen. I, 27.)

Hubo un tiempo mas dichoso, en que nuestros padres no se reunian en los sagrados templos sino para oír elogios de la virtud, porque la virtud era el patrimonio comun de aquellos siglos de fe y el distintivo de sus respectivas generaciones. Los oradores sagrados no ocupaban entónces la cátedra del Espíritu Santo para defender los dogmas de nuestra santa fe, sino para proponerlos á la piadosa veneracion del pueblo fiel que los escuchaba. ¡Cuán agradable debia ser entónces el ejercicio de este misterio sagrado de la divina palabra! ¡Cuán satisfactoria debia ser la noble tarea de difundir sobre almas bien preparadas, junto con la doctrina de salvacion, las luces y los consuelos que derrama sobre los fieles! Pero las circunstancias han

cambiado, y los oradores sagrados se encuentran ahora en condiciones bien distintas y desfavorables.

Desde que el espíritu del hombre, limitado y ciego, se dió á la discusion, y en vez de venerar y respetar unas verdades, que no puede comprender, pretendió profundizarlas, nos vemos en la dolorosa necesidad de probar los dogmas que nos propone nuestra santa fe. Hé aquí, cómo y por qué voy á demostrar la inmortalidad de nuestra alma. ¡Dogma consolador! Dogma, que la razon natural nos da resuelto y que el corazon acepta; dogma, que no olvida nunca el justo, porque constituye toda su esperanza, mientras sufre las pesadumbres de la tierra; dogma, que no olvida tampoco nunca el malo, porque teme el terrible castigo de todas sus prevaricaciones; dogma, en fin, tan enlazado con la idea de Dios, que si no hay una vida futura, en la que nuestra alma reciba un premio ó castigo eterno, tampoco ha de haber Dios, es decir, no ha de haber sabiduría eterna, ni bondad eterna, ni eterna justicia: y si no hay todo esto, tampoco hay Dios.

Siendo así, ¿cómo se explica, que este dogma sea objeto de tantas impugnaciones? Es preciso decirlo con gran sentimiento; hay hombres para quienes es un suplicio su noble condicion: llevados del deseo de gozar tranquilos los placeres á que se entregan, ponen en aprietos su inteligencia para aniquilarla, si pudiesen, y celebrar la identificacion de su espíritu con la mas hedionda materia. Como hablan ó escriben segun el interés de sus vicios, y no segun les inspira su razon, procuran engañarse á sí mismos, y engañar á los demas. Si tuviesen valor para reformar sus costumbres, esa creencia, que para ellos es hoy un tormento, seria despues un dulce consuelo; pero como esos miserables no tienen valor para tanto, tratan de reducir la vida humana á la vida presente, para correr sin freno por los espaciosos ámbitos de la licencia. Inútiles son, empero, sus esfuerzos; el oprobio á que aspiran, no ha de concedérseles. Su alma inmortal les dirá siempre: Aquí estoy para defenderme contra tí; contra tí, que me eres deudor de la vida; contra tí, que quisieras suprimirme porque te recuerdo tu dignidad, y te impido gozar de los placeres sin que los remordimientos los envenenen.

Como pudiera suceder, que la perversidad de algunos hombres hubiese llegado á seducir á personas sencillas é ignorantes, no será inoportuno demostraros el dogma santo de nuestra inmortalidad, manifestando, que está muy conforme con la naturaleza humana; y que el error contrario es el mas injurioso á los atributos de Dios y el mas opuesto á la felicidad del hombre mismo. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Pretender que la muerte es el definitivo término del hombre, y que al descomponerse el cuerpo, el alma torna otra vez á la nada, es una blasfemia contra Dios, puesto que se niega á la vez su sabiduría, su bondad y su justicia. En esta suposicion absurda ¿qué vendría á ser la sabiduría del Criador? Decidme, oyentes; ¿no es evidente, á cuanto cabe, que entre los séres de que se compone este mundo visible, el mas excelente de todos es el hombre, y que los demas no han sido criados sino para él? ¿Para quién se ha dispuesto este magnifico palacio? ¿Para quién despide el sol su calor y su luz? ¿Para quién se cubre la tierra de doradas mieses y la naturaleza presenta en todas sus partes un espectáculo tan brillante y magnifico? Solo el hombre, entre todos los séres que hay sobre la tierra, lleva impreso el sello de la divinidad, y ejerce sus derechos con un imperio que nadie puede disputarle. En vano los montes oponen grandes barreras á los antojos humanos; el hombre mas fuerte que esas imponentes moles, las somete á las exigencias de sus proyectos. En vano la tierra se esfuerza por ocultar en sus entrañas los preciosos metales que reclama su industria; el hombre los arranca para destinarlos á diferentes usos. En vano el mar brama y eleva sus olas hasta las nubes; el hombre se pasea tranquilo sobre ellas, y aun las obliga á llevarle hasta las extremidades del mundo. Si los vientos soplan con furia, el hombre sabe obligarlos por medio de las velas á que le conduzcan al deseado puerto. Todo en el mundo es esclavo de la voluntad del hombre ó paga tributo á sus necesidades. Hasta los astros del firmamento están sujetos á su cálculo y le sirven de guía al través del océano, ó de áridos desiertos. No midais la grandeza de este sér por el espacio que sobre la tierra ocupa su cuerpo; medidla por la extension, si puedo expresarme así, de ese espíritu que mide el universo, que desde el punto imperceptible en que se halla colocado lo domina todo, desde la incalculable elevacion de los espacios hasta el fondo de los abismos; se remonta á lo pasado, abarca lo presente, y alcanza á un porvenir sin límites.

Pues ese espíritu es el que forma la excelencia y la dignidad del hombre. A esta sustancia noble, activa, inteligente y libre corresponde pensar, conocer, juzgar y querer. Ella se lanza á las regiones intelectuales, sondea las cosas invisibles, y llega hasta el trono de Dios. Esencialmente distinta por su naturaleza del cuerpo grosero que anima y gobierna, se considera degradada cuando le lisonjea, y contaminada si obedece á sus torpes deseos. El alma lo sujeta y castiga, y hasta lo sacrifica: el alma se prenda de lo verdadero, de lo bello, de lo honesto y de lo sublime; encuentra en la virtud encantos

que la mueven á despreciar los demas bienes ; prefiere la castidad á los placeres , la gloria á la inaccion , el deber á la misma vida. ¿Qué digo , oyentes ? El alma tiene alas para elevarse hasta el empireo , y allí contempla con entusiasmo las inefables perfecciones del Criador , le bendice , le adora , y se deja consumir en su amor. ¿Y cómo seria posible , que no hubiese sido criado todo para el alma , cuando sólo ella conoce el autor de todas las cosas , aprecia el mérito de sus beneficios , está en relaciones especiales con él , se atreve á llamarle padre , y le paga , á nombre de todas las criaturas , el tributo de alabanza y de accion de gracias que se le debe ? Pues tal es nuestra alma , creada á imágen y semejanza de Dios , solo inferior en un grado á los ángeles , pero incomparablemente superior á los demas seres criados. Tan pura y tan celestial es en su origen , tan ajena á todo lo terrestre y corruptible , que los sagrados libros la llaman *el aliento del Todopoderoso*.

Ahora bien : decidme , oyentes , ¿es posible que , por disolverse el barro de la tierra , se haya de suponer que el alma siendo espiritual , perezca con el cuerpo ? Porque el polvo se convierte en polvo , porque un conjunto de elementos groseros y materiales se desune y descompone , ¿se creará que una sustancia simple , inmaterial , incapaz de descomposicion , como quiera que no consta de partes , haya de ser arrastrada en la comun ruina de un edificio de barro que se desmorona ? No , no puede haber muerte natural ni disolucion para el alma : seria necesario un acto de la omnipotencia de Dios para aniquilarla. Pero , ¿querrá Dios aniquilarla ? No ; al contrario , la creó para que existiese siempre ; y la garantía segura de esta verdad es su infinita sabiduría.

2. ¿Quién puede dudar de eso ? Dios ha creado el mundo para el hombre ; y ¿el hombre habrá sido creado para ser destruido ? ¿Habrá producido con tanto esmero una vana sombra , para verla desaparecer en un momento ? Cuando nosotros , débiles mortales , procuramos dar á nuestras obras el carácter de perpetuidad , Dios , artista inmortal , origen del sér y de la vida , ¿no habrá trabajado mas que para la muerte y la nada ? ¿Habrá imitado acaso la extravagancia ó insensatez de un arquitecto , ó la imprevision de un niño , levantando un edificio solo por el gusto de destruirlo , y plantando un árbol solo por el placer de arrancarlo ? En este supuesto , cuando al fin de los tiempos se consuma esta gran destruccion , si alguno de los espíritus celestiales , señalando hácia las ruinas del universo , dijera : ¡Señor ! ¿por qué os tomasteis el trabajo de crear el universo ? ¿Qué fin os propusisteis al formar ese conjunto magnífico de un mundo que ya no

existe , al crear esa muchedumbre de seres animados é inanimados , que excitaron nuestra admiracion , entre los cuales muchos fueron dotados como nosotros de inteligencia , y practicaron sublimes virtudes ? ¡Ah ! mira , diria el Señor , mira esos escombros humeantes , contempla esos montones de ceniza , huesos y polvo : hé aquí el término á que se dirigian tantas maravillas ; hé aquí el objeto que me propuse en mis designios eternos : hé aquí , en fin , lo que debia quedar de mis obras ! ¡Dios mio ! El que os atribuyese semejante lenguaje blasfemia de vuestra sabiduría , y ofenderia vuestra infinita bondad.

En efecto ; si nosotros estuviésemos destinados á morir completa y totalmente , preciso nos seria decir , que el Criador , léjos de manifestarse nuestro padre , no habria distinguido nuestra naturaleza con tantos y tan gloriosos privilegios sino para hacernos las mas infelices de todas las criaturas ; sus mayores beneficios no serian para nosotros sino otros tantos síntomas de crueldad. No olvideis , oyentes , que nosotros , en cuanto al cuerpo , estamos sujetos á mas enfermedades y dolores que todos los animales ; anticipamos nuestros males con la prevision ; los agravamos , los reproducimos y los prolongamos con la reflexion , con la memoria y con el arrepentimiento. Verdad es que los demas animales envejecen y mueren ; pero ninguno tiene sino nosotros el triste sentimiento de conocer su decadencia ; solo nosotros vemos aproximarse nuestro último momento ; solo nosotros conocemos los horrores de una disolucion inevitable , y sabemos de antemano la corrupcion hedionda que nos espera en el sepulcro. Fuera del hombre , ¿qué otro sér experimenta las penas del alma , mil veces mas terribles que los padecimientos del cuerpo ? ¿Qué otro sér experimenta la desazon y la tristeza que devoran , la negra melancolía y la desesperacion horrible ? Además de sus propios dolores , sufre por las aflicciones ajenas , llora las desgracias de los seres que le son queridos , tiembla en sus peligros , y muere , en cierto modo , cuando la muerte arrebatara alguno de sus amigos y parientes.

En medio de tantas aflicciones y miserias , para colmo de su tormento , le devora una sed ardiente de felicidad : por un irresistible impulso de su naturaleza la busca , la pide , la quiere á toda costa ; pero en ninguna parte la halla : en el fondo de su sér lleva grabada la idea de un bien perfecto , inmutable , infinito , único proporcionado á sus necesidades y á la vasta capacidad de su corazon. Por lo mismo , ninguna belleza le encanta , porque en todas ellas descubre mil defectos ; las diversiones le cansan por su frivolidad ; los placeres de los sentidos son demasiado viles , y acaban por saciarle y disgust-

tarle; las riquezas le dan mas desazones que verdaderas alegrías, pues nunca han hecho á un hombre verdaderamente dichoso; los honores, las dignidades, el poder, no son sino una ilustre apariencia, que solo dan de si incomodidades y disgustos; la gloria es un nombre vano, que deja vacío el corazón y no alcanza á desvanecer la tristeza; la ciencia es una ilusión, puesto que los hombres sabios ignoran mucho mas de lo que en sus estudios han podido aprender.

Ahora bien; ¿es posible, Dios mio, que no nos hayais criado sino para sufrir males reales y verdaderos, y para que andemos desasosegados tras los bienes imaginarios? En las demas criaturas vemos una justa proporcion entre sus necesidades y los objetos destinados á satisfacerlas. El irracional puede satisfacer sus apetitos, y, saciándolos, es dichoso. Pero nosotros, ¡ah! nosotros nada hallamos en la tierra, que pueda saciar nuestra sed; tenemos hambre de la vida del sér y de la belleza perfecta, de la verdad sustancial, de la felicidad pura, de la gloria y de la grandeza, que jamas se acaban. Hé aquí nuestras necesidades, Dios mio; vos nos las habeis dado, y para satisfacerlas ¿no nos habeis preparado mas que la nada? Si nada hay para nosotros mas allá del sepulcro, del mundo y del tiempo, ¿cómo es, que nuestros deseos exceden en grandiosidad al universo, y en duracion á los siglos? ¿Cómo es, que nuestros pensamientos se nutren de lo infinito, y nuestras esperanzas aspiran á un porvenir sin término? Si solo vivimos para morir, ¿de dónde procede este horror á la destruccion, este apego y esta invencible pasion por la inmortalidad? Si no debemos jamas veros ni poseeros, ¿por qué habeis permitido que os conociéramos? ¿por qué no habeis hecho comprender que vos sois nuestro único bien? ¿por qué habeis abierto en nuestro seno un abismo que vos solo podeis llenar? En suma, Dios mio, si fuese verdad, como osa decir el incrédulo, que vos no llevais al través de los áridos y espinosos senderos de una vida sembrada de dolores é infortunios, solo para sacrificarnos á la nada al fin de nuestra carrera, ¿cómo podríamos bendecir vuestra mano creadora? ¿Cómo podríamos creer en vuestra infinita bondad?

3. Por último, si admitiéramos esta suposicion monstruosa, negaríamos toda nocion de la divina justicia. Basta echar una mirada sobre la sociedad humana y el mundo moral para advertir el desorden y la confusion que allí dominan. ¿No hemos visto, y vemos, en efecto, hollados todos los derechos y los mas sagrados deberes; impune el crimen, triunfante el vicio, la virtud oprimida bajo el peso del ridículo y del desprecio; aplaudida la impiedad, la religion víctima de la burla y del sarcasmo; continuas conjuraciones contra el cie-

lo y contra el respeto debido á las leyes; horribles revoluciones que destruyen los imperios, cadalsos inundados de sangre inocente, leyes inicuas, que proscriben la fidelidad y autorizan la traicion; doctrinas execrables con que se deprava á la tierna infancia, á la juventud incauta, á la multitud ciega; la prosecucion de un designio, que tiende á sumir nuevamente el universo en el caos, y reducir al hombre al estado salvaje; y un desenfreno tan extraordinario en las costumbres, que por decoro no podemos mencionar los excesos del vicio para censurarlos? Si bien no han sido iguales los excesos en todos los siglos, en todo tiempo, empero, ha habido usurpaciones, revoluciones sangrientas, guerras horribles, iniquidades escandalosas; en todos tiempos ha habido impíos rodeados de prosperidades, y justos que han gemido en la opresion. ¿Y Dios ha de presenciar tranquilo é indiferente estas escenas de desorden y desconcierto, dejando que se sucedan en todos los siglos, sin dar al fin del mundo un espectáculo digno de sí, espectáculo en el cual repare todos estos desórdenes y haga triunfar á su justicia?

Pero ¿qué digo? ¿Seria posible, que Dios, agravando el horror del espectáculo que la sociedad ofrece á nuestra vista, no esperase á los actores, al salir de este teatro manchado de sangre y prostituido por los crímenes, sino para condenarlos á todos sin distincion á una muerte eterna, al inocente lo propio que al culpable, al santo como al sacrilego, al tirano lo mismo que á la víctima? ¡Oh Dios! Si tales fuesen vuestros juicios, ¿dónde estaria vuestra justicia? ¿qué podríais responder á un justo, á un mártir, que en el momento en que acaba de espirar por vos en los suplicios, cayendo en vuestras manos y viéndose dispuesto á sumirle en la nada por premio de su fidelidad, os dijese: Señor, yo he cumplido vuestras voluntades santas; todo os lo he sacrificado sin reserva: en castigo de haberos amado, hombres inicuos, que os aborrecian, me han quitado la vida del cuerpo; y vos ahora volvereis mi alma á la nada de que sali? No me quejaré, ¡Dios mio! cúmplase vuestra sentencia: no me arrepiento de haber derramado por vos toda mi sangre; y volveria á derramarla todavia si me fuera posible: pero, ¡gran Dios! ¿debía yo despues de esto esperar la misma suerte que vuestros enemigos y mis verdugos? ¿Es esto lo que mi sacrificio ha merecido de vuestra justicia? Y si pudiese haber un juez entre vos y yo ¿hallaria justa esta recompensa de la virtud?

Ya lo veis, oyentes, el que niega la inmortalidad del alma ofende á la sabiduría de Dios, suponiendo que la obra maestra de sus manos no es mas que polvo y ceniza, y que por un poco de materia

crió Dios tantas maravillas, y vino Jesucristo á ser crucificado. Ofende á la bondad divina, porque no es propio de un padre negar á sus hijos un consuelo, despues de haber atravesado una vida sembrada de penalidades y amarguras. Ofende, por último, á la divina justicia, puesto que si el alma no es inmortal, Dios dejaria de ser justo, porque acá en la tierra suele la virtud hallarse rodeada de aflicciones, al propio tiempo que el vicio se pasea triunfante.

4. Podria ahora añadir, que los que niegan la inmortalidad del alma, no contentos con atacar su dignidad, destruyen el fundamento de las sociedades. Estableced y pregona el principio de que todo para nosotros acaba con el sepulcro, y desde luego el hombre carecerá de resolucion y fuerzas para sacrificar sus malos instintos, y no encontrará obstáculos ni miramientos, que le impidan sacrificar á su capricho á sus semejantes. Estableced y pregona el principio de que no hay una vida futura, y no encontrareis en la tierra virtudes, abnegacion, sacrificios; pero, en cambio, surgirán en todas partes vicios, egoismo, pasiones, robos, adulterios, asesinatos, sacrilegios. Estableced y pregona el principio de que no hay, despues de ésta, una vida eterna, y no habrá quien obedezca á Dios, ni quien obedezca á los hombres; y á su vez la rebelion y la insubordinacion se tendrán, no digo por lícitas, sino aun mas, por gloriosas. Estableced y pregona el principio de que no hay una vida, en la cual el justo y el pecador reciben el premio y el castigo merecidos, y no habrá quien sea fiel á los deberes ni respete los derechos; al propio tiempo que las infracciones de la ley de Dios y de las leyes de los hombres se tendrán por permitidas y aun se calificarán de loables. Estableced y pregona el principio, de que el alma humana ha de volver algun dia á la nada; y los hombres, sociables ahora, se convertirán en mónstruos, serán usurpadores y asesinos en vez de ciudadanos honrados.

Detestad, pues, oyentes, este monstruoso error de la mortalidad de nuestro espíritu; no descuideis el porvenir, que ha de durar tanto como Dios; no olvideis nunca, que se trata, ó de ser eternamente felices, ó eternamente desgraciados. No hay medio entre estos dos destinos. La fe, la razon, la creencia de todos los siglos, todo nos dice, que hay una vida futura, y que si somos justos, seremos en ella felices, y si ahora nos damos al vicio, seremos en ella eternamente desdichados. Vivid, pues, pensando siempre, que os espera una vida eterna, donde la virtud es premiada, y castigado el vicio. Fijad en el cielo vuestras miradas, suspirad por él, y trabajad constantemente para ser un dia felices y dichosos en la bienaventuranza eterna.

ALMA.

(SU GRANDEZA Y EXCELENCIA.)

Deus creavit hominem ad imaginem suam.

Dios crió al hombre á imágen suya.

(Gen. 1, 27.)

La grandeza del hombre está en su alma. ¿Qué cosa, en efecto, es mas noble, mas grande en el mundo, que el poder de pensar, de querer buscar la verdad, el deber y á Dios? ¿Y qué otra cosa es el alma sino es ese poder de pensar, esa capacidad del deber, de la verdad y de Dios? Pero, hermanos míos, esa grandeza del alma, ¿en qué consiste, y dónde se la encuentra? Escuchad al Espíritu Santo, y él os hará saber, que se halla en su origen, y que proviene de su autor.

Hé aquí, que Dios sale de su eterno reposo, que realiza fuera de sí su pensamiento infinito. Él habla, la nada lo oye, la nada se hace fecunda, y el universo es criado. Pero el Arquitecto divino se detiene de repente en medio de su obra, la Trinidad se recoge, se consulta, delibera; se podria creer, que reúne toda la energía criadora para una obra suprema. ¿Para qué esta deliberacion, para qué este consejo? Porque no se trata ya de formar el mundo de los cuerpos. En hora buena, dice Tertuliano, cuando se trataba de los cuerpos, se trataba de esclavos; pero ahora se trata de formar almas, es decir, de hacer criaturas semejantes á Dios, una imágen finita del infinito. Y por eso, ese mismo Dios, que no da mas que una palabra á las creaciones materiales, consagra la reflexion á la creacion de las almas, debiendo honrarse á sí mismo en la criatura sublime, que debia ser la imágen de sus perfecciones divinas en la tierra. *Creavit Deus.*

Esta es la verdadera grandeza del hombre. Toda ella consiste en